

Cuando, en 1974, apareció este libro por primera vez, la Radiodifusión española, pese a su locuacidad, estaba muda de silencios, pálida y desmayada de abandonos populares e incluso profesionales. En aquel momento quise afirmar mi fe en un medio tan falto de opinión como desconocido: la Radio, cincuentenaria entonces en España. Hoy, en 1981, la Radio española, con audiencias millonarias, una credibilidad fuera de toda duda, unos objetivos que los hombres del medio no habían olvidado en momentos anteriores, la llegada de nuevos profesionales y el retorno de algunos de los que se fueron, y el remozamiento técnico de un elevado número de nuestras emisoras, ocupa hoy el lugar que le correspondía desde siempre.

No pretendo decir, como en ocasiones se ha querido entender, que «la otra Radio» no fuera válida: fue la que podía ser y, en este sentido, no hay experiencia vana para quien desea progresar. Intento, eso sí, hacer notar una vez más, que la Radio es el medio más sensible a los cambios sociales y aún siendo su naturaleza siempre igual a sí misma, pueden variar las manifestaciones de su carácter no por un reflejo camaleónico sino por ser parte de la sociedad en la que vive. Y es esa sociedad la que la impulsa, y ante la que debe responder de haber sabido cumplir su función con acierto o desatino.

Tampoco se vea en esto un intento de limitar la Radio al ámbito público. En modo alguno. Siempre he dicho que, sin que nadie se lo propusiera, España ha gozado y goza de

un sistema de radiodifusión en el que la participación de la empresa privada y pública nos ha librado de las conmociones producidas en otras latitudes europeas. Los beneficios de esta situación se vieron claramente reflejados durante los sucesos del 23 y 24 de febrero de 1981. Si la función social de los medios debe ser algo más que una mera formulación teórica, esa fue una demostración clara.

La Radiodifusión —privada, institucional o pública— tiene la obligación inexcusable de servir a la sociedad en la que está instalada y por ello se le debe exigir una responsabilidad concreta. Pero lo que no se le puede pedir a la Radio es que funcione en un estado de indefinición. Por eso en un régimen como el que parece perfilarse en España, se hace necesaria una definición clara de la política nacional de la información audiovisual, acorde con las leyes y con la responsabilidad social de cada emisora.

En la actualidad está anunciada la concesión de 300 licencias de emisión para el establecimiento de otras tantas emisoras. El caso italiano nos es demasiado próximo como para no meditar sobre él e intentar eludir sus mismos errores. El anuncio de esta «lotería de las ondas» hizo que el número de solicitudes excediera con mucho al de las concesiones previstas. Ni siquiera el número de solicitudes es claro. Lo único cierto es que el número de emisoras solicitadas se cuenta por miles. ¿Quiénes son los solicitantes? Particulares, partidos políticos, diputaciones, ayuntamientos, asociaciones de vecinos, de empresarios, sindicales, empresas informativas, etc.

Ante el espectro de solicitantes es necesario subrayar los siguientes hechos

1. Los partidos políticos y sus representantes monopolizan, hoy por hoy, el Consejo de Administración de RTVE, sobre su programación tiene capacidad decisoria.

2. Exceptuados los países con regímenes totalitarios de cualquier signo y los del área comunista e Italia, en ninguna otra nación se conceden licencias de emisión a los partidos políticos, gobiernos regionales, diputaciones, ayuntamientos o asociaciones sectoriales.

3. Las «radios libres» que se pretende hacer pasar como expresiones populares de necesidad de libre expresión en toda Europa, con escasísimas excepciones, están financiadas por partidos políticos interesados en copiar el caos italiano en beneficio de su propia propaganda y estrategia, y por empresas comerciales cuya única finalidad es el lucro, con exclusión del servicio a la sociedad.

Tanto el Real decreto de la Presidencia del Gobierno de 18 de junio de 1979, como la Orden del Ministerio de Cultura de 28 de agosto de 1980 y la Orden de la Presidencia del Gobierno de 25 de marzo de 1981, así como disposiciones complementarias, especifican las condiciones de concesión y las obligaciones derivadas de la misma. Sin embargo, apenas entran en los criterios de concesión que pueden afectar de modo irreversible al futuro de nuestra Radio y de nuestra sociedad. Por ello es necesario distinguir entre quién pretende, y puede, servir, y quién pretende servirse de la Radio con fines exclusivamente comerciales o partidistas, así como tener en cuenta los hechos arriba apuntados. En este sentido, las únicas empresas que históricamente han confirmado su voluntad de servicio al público —que no de servicio público— han sido las informativas. Primero en Estados Unidos; luego en otros países europeos y también en España, incluso antes de la regularización de los servicios radiofónicos.

Ante esta situación, surge claramente la necesidad de esa política nacional de la información audiovisual a la que se aludía antes. Como, hoy por hoy, dicha política es inexistente, habrá que improvisar una vez más para, después, intentar introducir medidas correctoras, siempre irritantes. En beneficio del medio cabe esperar que, al menos, las obligaciones derivadas de la concesión, según se han estipulado en los documentos legales, se hagan cumplir a rajatabla.

Pero a unas y otras —emisoras públicas, institucionales y privadas— hay que demandarles, además, unas condiciones de solidaridad social, porque al derecho de emitir corresponde el deber de servir. Y si no se cumple esa condición, será justo cancelar las licencias correspondientes y trasladarlas a manos socialmente más solidarias; se trate de empresas públicas, privadas o institucionales. Algo que, en Gran Bretaña, ya se hizo en 1922 con las emisoras del mismísimo Marconi.

Y lo dicho para la Radio, sirve, también, para la Televisión.

* * *

Apuntado lo más importante de lo sucedido en los últimos siete años, y posiblemente de los diez próximos, los detalles los encontrará el lector en el texto revisado de este libro.

Pamplona, primavera de 1981.

Cincuenta y tres años después del establecimiento del primer servicio radiofónico regular, la radio es el medio informativo más extendido, el más ampliamente utilizado, el de más fácil comprensión y manejo, y el más rápido en la comunicación de noticias. La simultaneidad del medio, su ubicuidad, el costo limitado de la infraestructura técnica, el bajo precio de los receptores, la calidad sonora cada día más óptima y la posibilidad de recibir los mensajes sin disponer de formación técnica ni cultural previa, le han convertido sucesivamente en vehículo de distribución de noticias, fuente de distracción, máquina para la guerra —en favor y en contra de los bandos contendientes—, instrumento de expansión en la paz, y apoyo insustituible para la educación en muchas zonas del mundo. La radio, al margen ya de cualquier sistema convencional de recepción, está hoy incrustada en la vida cotidiana de tal modo que su presencia pasa desapercibida en ocasiones, aunque esté allí actuando, sobre millones de personas, veinticuatro horas sobre veinticuatro cada día del año.

Durante más de medio siglo, esta institución sociocultural ha pretendido retratar la vida del mundo para todos los ciudadanos de la Tierra; hoy, pasados los años en que se auguró su desaparición a manos de la imagen transmitida a distancia y en contra del vaticinio de la «aldea global», la radiodifusión mundial comienza a desmontar sus cadenas de emisoras —globalizadoras y totalitarias desde sus orígenes—, y vuelve la vista hacia el entorno local propio, a las

preocupaciones y problemas de quienes la rodean; a la vida que discurre en derredor. Difamada por los «moralistas de la cultura», criticada por quienes se consideran «culturalmente fuertes», seguida con fidelidad por millones de personas en todo el mundo, la radio es algo más que un instrumento de compañía, un serial lacrimógeno, un concurso fácil y una musiquilla bullanguera, arropados con anuncios de detergentes y sopicaldos. Esa visión simplista ha impedido a muchos reconocer en los libros-entrevista actuales los resultados de un género informativo que la radio practica desde hace muchos años; o medir de algún modo la influencia del medio sobre los movimientos culturales y estéticos de vanguardia, olvidando la labor realizada en y para la radio por Bert Brecht, J. B. Priestley, Günter Eich, Orson Welles, Friedrich Dürrematt y Heinrich Böll, entre otros; o ignorando que la música culta actual ha salido de los laboratorios radiofónicos y de las investigaciones en ellos realizadas; o simplemente constatando la extensión de la música en el mundo entero gracias, muy fundamentalmente, a la radio.

Sin embargo, y pese a lo dicho, la radio es el instrumento menos utilizado como medio, el menos investigado, y el de más lenta evolución expresiva de entre los *mass media*; es, en definitiva, un medio desconocido.

Sin triunfalismos, debe reconocerse que durante muchos años ha sido un instrumento *al servicio de* los más variados intereses (noticioso, comercial, político, educativo, propagandístico, etc.). De la radio se ha utilizado casi exclusivamente su capacidad instrumental, no su condición de medio. Se ha hecho una radio para masas, cuando es un vehículo de comunicación individual; se ha actuado con rapidez, pocas veces con reflexión; se ha entendido como un oficio, no como una profesión, las más de las veces.

Si nos fijamos en la bibliografía existente sobre el quehacer radiofónico veremos que es, comparativamente a la de otros medios, escasa en número, baja en calidad y periférica a su esencia. Cualquier persona preocupada por el tema puede confirmar lo que aquí se dice. Existen, sí, muchos libros que abordan lo instrumental y codifican lo morfológico con más o menos fortuna. Pero eso, con ser importante, no es la radio. Si recurrimos al campo de la investigación pura, entonces el resultado es aún más desalentador.

Por último, el aspecto expresivo ha sido descuidado hasta tal punto que el máximo exponente de los programas informativos en muchos países del mundo sigue siendo el

diario hablado con hechuras de los años veinte. Esta afirmación escandalizará a muchos, pero no por ello deja de ser cierta. Puede oponerse el argumento de la constante mejora de la calidad del sonido, la utilización generalizada de sistemas de transmisión simultánea de noticias o de conexión múltiple con distintos corresponsales, y de un utillaje técnico de última hora. Todo ello no afecta para nada al sentido de *lo radiofónico*, y, por otra parte, el sistema *multiplex*, por ejemplo, fue utilizado ya en 1938 por primera vez. Podría pensarse, entonces, que la fórmula *diario hablado* es la única posible para la información en radio. Pero tampoco esto es cierto cuando aún se pueden recordar programas informativos como *Matinal Cadena SER* (en los años 1964 a 1966), *Hora XXV*, *The World at one*, de la BBC, o los *magazines* de la radiodifusión francesa.

Las causas de este abandono en el entendimiento de lo que sea la radio, su investigación básica y evolución expresiva, hay que buscarlas en el momento histórico de su aparición, en el desarrollo paralelo de la técnica, en los investigadores y su acción, en los Centros de enseñanza, en las emisoras y los profesionales de la radiodifusión.

En efecto, la aparición de la radio regular, en 1920, fue seguida de una rápida expansión, pero rodeada de una incompreensión total hacia la naturaleza del fenómeno. En una primera etapa fue el instrumento técnico, como tal, el que atrajo la atención del público. Hasta tal punto resultó sugestiva la idea que los oyentes, antes que tales, fueron «radiotécnicos», construyéndose ellos mismos los receptores de galena. Este movimiento, generalizado en todo el mundo, fue una especie de acto de afirmación del dominio del hombre sobre la técnica, no advirtiendo que era ella misma la que les impulsaba. Ese fue el principio de la concepción de la radio como instrumento y no como medio. El fenómeno fue mucho más virulento a nivel del personal que trabajaba en las emisoras, cuya primera preocupación, lógicamente, era la de conseguir emitir perfeccionando la técnica. De modo que la radio para unos fue un aparato que servía para *oír cosas* y, para otros, una manera de *decir cosas*, sin que a ninguno de ellos preocupara excesivamente lo que se decía ni lo que se oía.

Por simplista que esta visión parezca, lo cierto es que lo técnico — como se verá más tarde — enmascaró (y enmascara) la concepción de la radio como medio. Es decir, la técnica, que integra el funcionamiento de la emisora, ha sido considerada (es considerada aún) como la esencia del queha-

cer radiofónico, y, consecuentemente, con el dominio de esa técnica se creyó hacer radio cuando lo único que se «hacía» era utilizar unos instrumentos cuya suma daba como resultado un instrumento de nivel superior, nunca un medio de comunicación. El mismo proceso se repitió con la aparición de los sucesivos perfeccionamientos —discos, multiplex, magnetófonos, etc.—, con resultados idénticos. Así se pasó sucesivamente por etapas en que lo importante en la radio era la música, o la entrevista realizada en la calle; no lo que expresara la música, ni lo que dijera el entrevistado entre un concierto de ruidos callejeros. La técnica, que ha posibilitado la existencia de la radio —e incluso la ha salvado en una ocasión—, no ha sido aún lo suficientemente interiorizada por el hombre como para que se entienda que lo importante es, precisamente, lo que se dice, cómo se dice y a quién se dice: el medio y no el instrumento.

También la técnica condicionó la investigación en torno a la radio, aunque en un sentido distinto al anterior. En 1920, los estudios sobre la comunicación se centraban fundamentalmente en lo que se dio en llamar Ciencia Periodística, como consecuencia de que el único producto informativo a nivel de masas fuera la prensa. El cine, todavía en sus primeros pasos, atrajo más poderosamente la atención de los estudiosos que la radio porque supo, como medio, construir rápidamente una forma de expresar el mensaje.

Esto no sucedió a la llegada de la radio. En sí, el fenómeno era demasiado nuevo y no existía ninguna experiencia anterior similar. La imagen cinematográfica se mostró desde el principio como algo excesivamente «visible» como para no ser atendido. [El sonido, impalpable y huidizo, escapaba demasiado pronto a la consideración atenta del fenómeno. Una película podía ser repetida, visualizada, tantas cuantas veces fuera necesario. El mensaje de la radio no ofrecía esa posibilidad: se podía atender a otros mensajes similares, nunca al mismo. Lo irrepensible del fenómeno sonoro, condiciona así su contemplación.]

Sin embargo, cuando el valor instrumental del medio quedó demostrado mediante resultados positivos, en forma de transmisión de noticias o emisión de música y extensión de la audiencia, los estudiosos comenzaron a considerar la radio como un fenómeno digno de atención. Así surgieron las primeras obras —aún hoy clásicas— en torno a la radio y sus circunstancias, entre los años 1935 a 1945. Los estudios de Cantril, Lazarsfeld, Kieve o Barnouw, y los artículos de

Paul White, son lo más significativo del momento (1). Junto a este movimiento incipiente de aproximación cabe destacar la creación de los primeros centros dedicados a la enseñanza del *radiofonismo*.

Cuando apareció la televisión, los científicos, como los profesionales de la radio, se pasaron con «armas y bagajes» a la nueva magia de una «radio» que, además de sonido, les ofrecía una imagen visible (ése y no otro fue el primer concepto que de la televisión se tuvo). De esta manera, la radio quedaba nuevamente relegada a un desconocimiento crónico que empeoró cuando, desde muchos puntos, se lanzó el anatema contra un instrumento que debía ser sepultado por la televisión. Nada de ello sucedió, y el abandono continuó siendo la nota predominante de los estudios e investigaciones en torno a la radio.

El panorama científico mejoró ligeramente durante los últimos años cincuenta y los primeros de la década de los sesenta. En ese período, los teóricos, preocupados por la estructuración de un sistema que permitiera una explicación coherente sobre la convivencia de hecho de prensa, televisión, cine y radio, decidieron darle a esta última un lugar, ya que alguno, evidentemente, debía ocupar. Pero de nuevo la técnica, la magia de la velocidad en la transmisión, la ubicuidad del instrumento, ocultó la naturaleza y posibilidades expresivas del medio. De este modo, el núcleo de la cuestión quedó una vez más desplazado, permaneciendo ignorado por teóricos y teoría. El resultado fue realmente sombrío: dentro del sistema de los medios de comunicación, la radio quedaba como un instrumento noticioso, incapaz de dar una explicación a los hechos ni, tan siquiera, de expresar una opinión propia en torno a los acontecimientos que desfilaran por sus micrófonos. De hecho, y abonando esta observación, los editoriales y comentarios radiofónicos fueron suprimidos mediante ley en muchos países durante años —entre ellos, Estados Unidos—, y así continúa la situación en un buen número de naciones en las que los únicos ejemplos que de esos géneros puede encontrarse son utilizados con una intención exclusivamente propagandística, en un torpe entendimiento no ya de lo que es la radio, sino también de lo que la propaganda, como técnica de acción psicológica, obliga y comporta.

(1) Algunas de estas obras fueron reeditadas en 1971 por Arno Press and The New York Times, bajo el título genérico de «History of Broadcasting».

Este tipo de entendimiento, por desgracia ampliamente machacado en Centros de enseñanza, y en las mismas emisoras, trajo como consecuencia la progresiva disminución de interés y la estandarización de fórmulas informativas «asépticas» en el sentido de la teoría y en el de la conveniencia política. La radio se convirtió así en una especie de fotógrafo callejero en noche de verbena. El destello del flash era una nota folklórica, intrascendente y menuda; entrañable, pero arrumbada rápidamente en el cajón de los recuerdos.

Por contra, el mismo sistema teórico ofrecía el papel estelar a la prensa, que desde entonces se autodenominó «explicativa» y «en profundidad», revistiendo los términos con todos los perifollos posibles y presentándolos como los salvadores de la sociedad masificada. Evidentemente, el papel de la prensa es noble, importante y hasta vital. Naturalmente que la prensa, ante el acoso de la radio y la televisión, se vio obligada a reestructurar su forma de actuación. Por supuesto que su papel rector entre los *mass media* es preponderante. Lo que ciertos teóricos y alguna prensa olvidaron es que la radio ofrecía explicación, actuaba en intensidad y extensión, y trabajó la profundidad informativa mucho antes que cualquier otro medio. No otra cosa fueron los grandes documentales radiofónicos y los reportajes dramatizados que durante una hora de emisión facilitaban mucha más explicación, incluso de propia voz de los protagonistas, que el artículo de cuatro folios.

El panorama queda completo si nos referimos ahora a las posibilidades de aprendizaje de la profesión radiofónica. Inevitablemente hay que volver la vista atrás.

La primera preocupación de los profesionales de la radio, ya se dijo anteriormente, fue el hacer funcionar el equipamiento técnico para poder transmitir sus mensajes e intentar perfeccionarlo paulatinamente, tanto en técnica como en expresividad. Fue el tiempo dorado de la *radio-ideación*, de la *radio-invención*, como resultado de una investigación pragmática derivada del trabajo de cada día. La formación personal, la capacidad de observación del fenómeno, el entendimiento del sistema de comunicación, la intuición resultante no de la casualidad sino del esfuerzo, el autodidactismo y el genio, en definitiva, dieron como resultado la aparición de hombres «con nombre» en todo el mundo que pueden ser considerados como los auténticos padres de la radio. Los Eric Savareid, Hans von Kaltenborn, Paul White, Ed Murrow, Antonio Calderón o Maurice Privat, por citar algunos, die-

ron al medio todo aquello que hoy se codifica y estudia como teoría y como verdad pragmática de actuación. Sin embargo, la transmisión de sus saberes no fue planteada por ellos en los mismos términos que su personal adquisición. Y, así, muchos de ellos se han ido sin dejar más resultado que unos pocos discípulos —de mejor o peor fortuna— y una obra ingente, lo cual es mucho para su satisfacción personal, cierto, pero muy poco para que la transmisión de saberes radiofónicos progrese a un ritmo adecuado.

Porque esa acumulación de experiencias radiofónicas, y su transmisión a las nuevas generaciones, se ha efectuado exactamente igual a como se realiza en una sociedad oral que «depende de las tradiciones y comunicaciones orales», según McLuhan. De modo que la sociedad radiofónica ha sido y es, como aquélla, una sociedad de *ritmo lento*. Esto explica que, después de cincuenta años largos, la radio apenas esté saliendo de su segunda etapa —deformadora del arte—, según Pierre Schaeffer. Dicho de otro modo: al contar como primera y única posibilidad de formación con la tradición oral, el progreso ha sido limitado, y los pocos hallazgos realizados durante ese tiempo han sido deformados por la transmisión que de ellos se ha hecho a través del tiempo. En consecuencia, no es de extrañar que muchos de los «principios» vigentes hoy sean falsos pero sigan utilizándose porque la fuerza de la costumbre los ha solidificado rodeándolos de la leyenda de intocables, cuando en realidad fueron mal comprendidos en su transmisión.

Fuera de esta posibilidad, limitada a unos pocos privilegiados que vivieron con los creadores, o que trabajan con ellos en las emisoras, la única oportunidad de formación durante años fue el aprendizaje del oficio comenzando por el abecedario radiofónico, lo que supuso un nuevo redescubrimiento personal de cada cuestión y, consecuentemente, un freno al progreso expresivo.

Con intención de acelerar el proceso acudieron los Centros de enseñanza hasta la radio. Algunos de ellos jamás pasaron de incluir entre sus enseñanzas más de una asignatura dedicada específicamente a lo radiofónico. Otros fueron más allá, estructurando todo un plan de estudios cuyo resultado fue el nacimiento de las primeras escuelas donde, quienes sentían una inquietud, pudieran acudir para recibir la formación adecuada. Como en tantas otras ocasiones, las primeras escuelas radiofónicas fueron las norteamericanas; después, las europeas, y, por último, las secciones de forma-

ción establecidas por cada entidad radiofónica con capacidad para hacerlo.

Al faltar la investigación en torno al medio —y esto es obvio, con las excepciones señaladas—, y tratarse de un sistema de comunicación sin precedentes, ¿cuál era la enseñanza que podía impartirse en esos Centros? La respuesta tiene que ser, forzosamente, negativa.

Sin más precedentes informativos que la prensa, y sin investigación especializada, la enseñanza de la radio informativa, o no —desde los Estados Unidos a España— ha sido siempre el aprendizaje de fórmulas morfológicas que para nada interesaban la raíz auténtica del problema, o una pura adaptación de los géneros informativos de la prensa a las necesidades de la radio. Basta echar una ojeada a los planes de estudio de las más antiguas escuelas norteamericanas para llegar rápidamente a la conclusión de que a lo sumo podía obtenerse una iniciación a la «magia» de la radio para alcanzar un oficio, y no una profesión, después de no pocos esfuerzos (2). El hecho puede ser constatado por todas aquellas personas que tengan alguna relación directa con las emisoras de radio y con los Centros de enseñanza. El desfase entre la formación obtenida y las exigencias de la emisora son evidentes. O bien ésta pide más de lo que el graduado ofrece, o bien éste supera las perspectivas de aquélla. El equilibrio justo dista mucho de ser alcanzado. Por ello, las cadenas y entidades radiofónicas con solvencia se han preocupado de crear sus propios centros de formación, cuyo resultado, después de los años, se ha limitado a la producción de «piezas de recambio» —no profesionales— para el engranaje de sus emisoras.

En España tenemos muy reciente la creación de las Facultades de Ciencias de la Información, y la experiencia de la Escuela Oficial de Radiodifusión y Televisión. Desde los dos niveles se trabaja activamente por lograr mejores estándares de formación; pero tanto las Facultades como la Escuela, como las propias empresas (todavía excesivamente cargadas de «tradicción oral»), reconocen que es necesario ir más allá: conseguir una colaboración más estrecha y unos resultados más óptimos.

(2) Vid. LEATHERWOOD, Dowling: *Outline of a course in radio journalism*; *Council on Radio Journalism planned by NAB and AASDJ*; también WHITE, Paul: *Radio news: its past, present and future*, en «*Journalism Quarterly*», XVI, 1939, 259 y ss.; XXI, 1944, 324 y ss. y XXIII, 1946, 137 y ss., respectivamente.

La obra

El cuadro así trazado es poco alentador. Pero el reconocimiento de los síntomas es el primer paso para el diagnóstico y la posterior aplicación del remedio. Por eso pienso que es bueno tener conciencia de la situación real antes de adentrarse en el estudio de la materia, para cuya problemática este libro no posee el remedio, desgraciadamente.

Pero el panorama, aún sombrío, no es desesperanzado. Precisamente la generalización del registro sonoro, en forma de discos, cintas magnetofónicas convencionales o cassettes, hizo que algunos teóricos de la Información, y también profesionales del medio, reflexionaran sobre su naturaleza, características y funciones. El resultado, lejos de ser aún satisfactorio —debido al gran retraso—, es auténticamente esperanzador y permite mirar el futuro con optimismo.

Un inventario rápido de la bibliografía radiofónica existente nos muestra que, junto con los últimos estudios citados —debidos muy principalmente a Pierre Schaeffer y a la teoría de McLuhan—, podemos encontrar obras que atacan la cuestión desde muy distintos ángulos: estudios sobre audiencias, efectos sobre el oyente, técnica electrónica, historia de la radiodifusión fragmentada por países, estudios jurídicos, muy pocos trabajos en torno a la información en radio, y prácticamente nulos los intentos de una aproximación a la forma de contar radiofónica, a su narrativa, que es, en el fondo, la cuestión primera. En esta línea ha sido planteada la presente obra.

Se parte de la actuación histórica de la radio en el mundo para, a través de ella, extraer consecuencias teórico-prácticas que vayan delimitando la naturaleza y características del medio. Es, por tanto, un esfuerzo metodológico de observación general para alcanzar un grado de abstracción desde el cual poder fijar los principios básicos sobre los que se sustenta el medio, su acción y forma de contar.

Se notará que el fenómeno radiofónico es observado desde distintas perspectivas —histórica, informativa, comunicacional, etc.— y puesto en relación con otras materias que, a primera vista, parecen ser extrañas al tema central —literatura, lingüística, psicología, etc.—. Esta consideración múltiple es necesaria para fijar un esbozo, primero, lo suficientemente general como para que dé una imagen de conjunto de lo radiofónico, facilitando su comprensión. Pero esta no es la única razón. La perspectiva debe ser variada, necesariamente, por cuanto que nos encontramos ante un medio

mal calificado tradicionalmente: antes que «medio» de masas, de comunicación, informativo o de distracción, la radio es un medio de expresión. Para llegar a su conocimiento se hace precisa; pues, esa observación múltiple (3).

La segunda parte del libro es una codificación, lo más completa posible, del entendimiento clásico de la información en radio; esto es, de las noticias en la radio como campo específico de actuación periodística.

El contraste entre las dos partes es muy fuerte, pero necesario para poder desarrollar, en adelante, una investigación sistemática sobre el lenguaje radiofónico y sus repercusiones en el campo de la radio-información, distinta de la radio-noticias, como se verá aquí mismo.

El libro ha sido escrito pensando en los estudiantes de las Facultades de Ciencias de la Información y de las Escuelas de Radio. A unos y a otros interesa el entendimiento del fenómeno radiofónico en su naturaleza como base de partida para la actuación profesional. Pero también el hombre preocupado por los temas de su tiempo, encontrará aquí una base de conocimiento suficiente para juzgar uno de los fenómenos más interesantes de nuestro mundo actual.

Tanto en la concepción teórica como en la codificación de los usos noticiosos, se ha dejado el suficiente margen para la reflexión personal. No importa repetirlo: este libro se ha planteado como *base de conocimiento y reflexión*, nunca como un formulario que contenga la solución a cada caso concreto. La situación actual de los estudios sobre radio hace imposible un planteamiento semejante. Cuando el estado de la investigación y de los conocimientos actuales lo permite, el tema se agota; cuando no, se indica expresamente y se deja abierto un abanico de sugerencias posibles. El reconocimiento de las limitaciones temáticas y personales es el camino para progresar. Y el autor se siente limitado por ser, en su conocimiento, el resultado de la situación anteriormente expuesta.

Pamplona y Valencia,
verano de 1973

(3) Cfr. págs. 117 y ss.